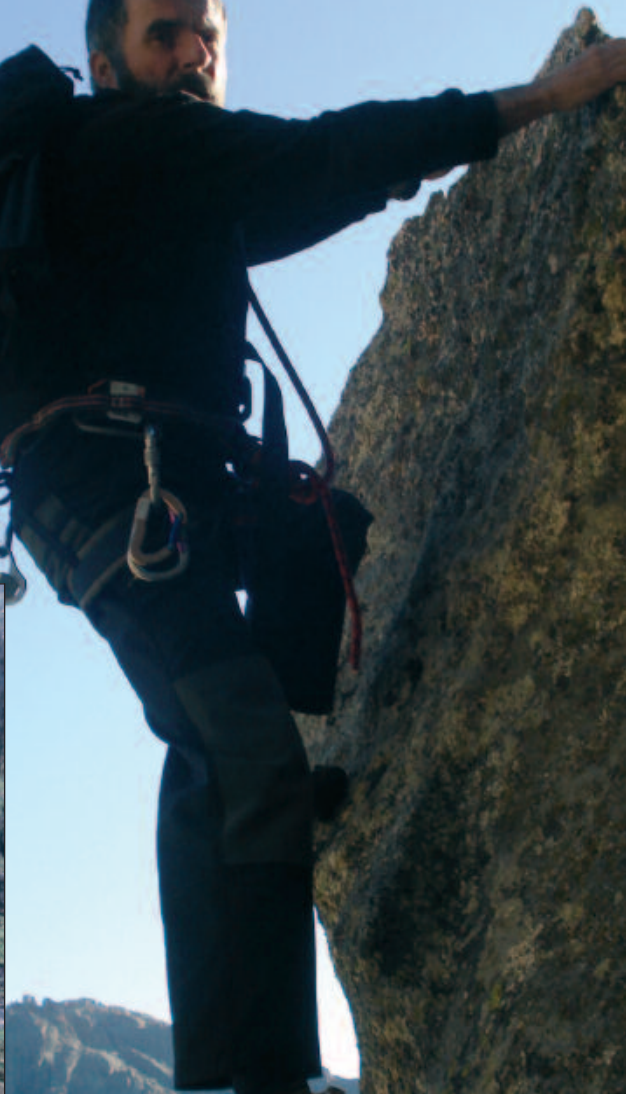


César Pérez de Tudela, **alpinista.**

**Miembro del Real Colegio de
Doctores de España**

***“La superación es un reto
para adentrarnos
en el misterio
de nosotros mismos”***



ENTREVISTA

**Usted tiene una trayectoria singular y relevante
¿Cuánto hay en ella de la educación que recibió
de niño?**

Efectivamente mis padres se ocuparon mucho de nosotros que éramos tres hermanos, siempre pendientes de nuestra seguridad y de nuestra educación. Recuerdo las largas horas de estudio y deberes después del colegio, los consejos para prevenirnos ante la dureza y la dificultad de la vida. Mi madre era una mujer muy piadosa llena de virtudes tradicionales y mi padre un apasionado del arte que nos introdujo en los ámbitos del: dibujo, la pintura, los museos, las antigüedades... De niño visité cientos de veces los grandes y pequeños museos madrileños.

Pero yo fui un rebelde. Me escapé pronto para ir a las montañas que a mi padre le producían espanto. Lamentablemente mi padre murió muy joven y yo

tuve que ser capitán de mi vida en plena adolescencia.

¿Cómo ha influido en su personalidad el alpinismo de alto nivel?

Creo que las montañas han sido mi inspiración y de alguna manera las maestras de mi vida. He de decir que su belleza, su dureza y el esfuerzo que imponen, junto a la gran ilusión que ejercen, han forjado mi singularidad.

La escalada de las difíciles montañas me han hecho valiente y temeroso, serio y jovial. Sé que solo con esfuerzo se alcanza la paz. En la vida de las montañas he aprendido mucho más que en la Facultad de Derecho y en todos los cursos que he realizado a lo largo de mi vida.

¿Podría contarnos alguna experiencia que le haya supuesto una transformación vital?

He tenido éxitos rotundos y fracasos absolutos. Recuerdo muy especialmente las operaciones de socorro buscando a desaparecidos o rescatando a compañeros en los peligrosos precipicios de la Tierra. El acudir a tratar de salvar a los semejantes en peligro ha sido para mí algo trascendental.

Una vez que subía solo al Aconcagua para poder hacer una entrevista a un alpinista español que llevaba 60 días superviviendo en la cima, a 7.000 m., Fernando Garrido se llama, viví un suceso metafísico. Antes de alcanzar la cima sentí una completa extenuación, propia de las grandes alturas y pensé que había llegado al fin. Vi el túnel negro de la muerte. Rogué a Dios y a mis amigos muertos que me ayudaran y no sé cuantas horas después me desperté en la pequeña repisa en la que me había resignado a morir completamente recuperado. He tenido tantas experiencias al límite de la vida que no sabría seleccionarlas. Soy un afortunado que sigue vivo espero que todavía algún tiempo.

¿Hay lugar en el mundo actual para los valores de superación personal, asociados al alpinismo?

La actualidad está presidida por la comodidad, la materialidad y la vida aparente y ociosa. Nadie busca la esencia de la existencia. Nadie trata de encontrar la verdadera identidad del uno mismo.

La superación es un reto para adentrarnos en el misterio de nosotros mismos. La vida es a mí entender una permanente superación de cansancios y de fracasos. En este camino de esfuerzos es donde el hombre encuentra la belleza de la redención, de la purificación y por tanto llega a sentir la paz, y presentir en su hondura la existencia del alma, que es quien debe presidir nuestra conducta y la que nos marca el camino. Y nunca los caminos fáciles son los mejores. Yo siempre escogí lo difícil que nunca defrauda. Tal es así que ahora veinte años después de sufrir un infarto escalando el Everest vuelvo a esa montaña con la ilusión intacta de llegar a su cima, la cima de la vida, para adentrarme en mi misterio y agradecer a Dios la vida fascinante que llevo.

¿Le parece que el deporte tiene la consideración social que merece como vivero de ética?

Esta sociedad ha confundido absolutamente el verdadero significado del deporte. Ortega influido por los excelsos pensadores alemanes del siglo XX: Husserl, Heidegger... ya dijo aquello de que el deporte era una actitud ascendente siempre contraria al lucro. Ahora el deporte de los grandes campeones de los juegos de espectáculo solo se asienta en la ganancia económica.

¿Qué significa el deporte en la vida de un niño o un adolescente?

El verdadero deporte enseña a conocernos. Al niño le dice lo que es. Si es débil le hace fuerte a través de la gimnasia, del ejercicio físico, y del juego bien planteado. Ayuda a la decisión, enseña el reto, otorga comprensión e inspira la solidaridad.

¿El respeto a la naturaleza hay que inculcarlo en el colegio?

Respeto a los árboles, a sus ramas, a las flores, a las aguas de los ríos, respeto a la vida de los animales, sensibilidad ante la vida que solo por sí misma entraña la sublimación de la naturaleza.

Yo a través de mis antiguos programas de televisión y radio, mis reportajes y libros siempre trato de la actitud del hombre ante el medio ambiente. Pero desgraciadamente el animal humano es un depredador nato. Y el mal ejemplo es por desgracia demasiado frecuente en muchos grandes personajes públicos.

¿Cómo ve hoy el panorama de la educación?

El panorama de la educación no es ciertamente alentador. Nuestras distintas administraciones públicas: Estado central y autonomías quieren gobernar al pueblo cómo si hubiéramos regresado a la condición de súbditos, ejerciendo la coacción de una enseñanza impuesta.

Yo que visito con frecuencia numerosos centros escolares por toda España con motivo de comentar mis libros juveniles (Colección Duende Verde de Anaya, antes en Edelvives, colección Ala Delta) sé que hay profesores totalmente dispuestos a servir. Servir es un honor, pero las circunstancias sociales adversas se interponen en su meritoria labor. El presente es más soez que elegante. Solo deseamos los bienes materiales, el triunfo social sin los esfuerzos que debe siempre presuponer. La ostentación de bienes externos, la sexualidad desprovista de su misterio casi metafísico.

Mis libros juveniles luchan contra las circunstancias, en los que mi personaje, el barón de Cotopaxi, es un explorador de montañas y de la vida que respeta, que tiene un sentido intenso del honor, que sabe el valor del compromiso y de la palabra, que ejerce el esfuerzo para alcanzar la paz, que promueve la solidaridad, otorgando a la oración una importancia esencial en la vertiente espiritual de la existencia.

También creo que nunca hemos tenido peores ejemplos. Estamos en una sociedad que ha invertido los valores. Están arriba los que por merecimientos deberían estar abajo.

Felicito desde aquí a esos profesores y profesoras entusiastas en su difícil misión, los que nunca se rinden. Ellos son la última esperanza de esta sociedad que ya estaba en crisis hace muchos años. Crisis de valores vitales más que de circunstancias económicas, siempre dominadas por la codicia material.